Max Mejía*

La esplendorosa crisis de lo amoroso

Infinidad de historias pueden decirse en torno a la pareja como innumerables parejas hay en el mundo. Hombres y mujeres, aficionados de todo tipo, afanosos deambulan en busca del "estado perfecto": la unión de dos personas dispuestas a sentir lo amoroso desde los ojos y la epidermis ajenos. El camino es sinuoso y repetitivo, como un minutero dando vueltas sobre sí mismo, ritual en el que los protagonistas se enamoran de dos en dos, se abrazan, se confiesan y acuden desvelados a las camas. Con sentimientos suspendidos en horarios, y acomodados en espacios rigurosos, en alcobas con olor a retratos de papá y mamá —la espléndida foto familiar—, circundados por sillones, un comedor, paredes sudorosas en el baño, cosas, cosas y más cosas, y en algún rincón el disco del cantante para las coyunturas especialísimas, los amantes juran y perjuran fidelidades, se diseñan manifiestos para no irse nunca, para reanimarse de día en día, de año en año.

Extenuados o no todos concurrimos al enamoramiento, y extrañamente somos puntuales: heterosexuales, homosexuales, bisexuales, y demás etiquetas previsibles nos damos cita en la misma caravana; a empellones, a codazos, como sea, nos abrimos un campito seguros como estamos de que cualquiera cabe en una pareja sabiéndose acomodar. Nuestras abuelas y abuelos lo hicieron; mis vecinos y vecinas, las amigas y amigos lo confirman. Los ejemplos, se amontonan en mi propia casa, y jamás podría olvidar a alguien que fue mi madre, cuyo matrimonio ocurrió a los catorce años y finalizó a los sesenta y seis, siendo la única jactancia de su vida, ese matrimonio infranqueable de más de medio siglo exento de separaciones y divorcios. Después, vinieron mis hermanas, las hijas de mis hermanas, los hijos... el cuento de nunca acabar.

Me enseñaron que el amor es cosa esplendorosa, hazaña experimentable sólo en la pareja hombre-mujer, con la bendición de leyes y mandamientos, en un hogar habitado por la paternidad y la maternidad obligatorias. Los y las heterosexuales (léase heterosexistas) son la encarnación virtual del amor eterno, el ejemplo a seguir, la estabilidad ansiada. En sus parejas, las turbulencias, las agresiones, la desolación y las violaciones son susceptibles de ser escondidas detrás de los retenes institucionales, puertas adentro, atrás de las paredes.

Se dice que las parejas de homosexuales no tenemos ni interludios ni finales felices y tal vez no estén equivocados, porque aunque gruñendo la misma necedad compulsiva por la media naranja (¡igual que los heterosexuales!), aprendemos muy temprano a partir de las propias circunstancias, que nuestras relaciones no tienen más cimientos que los de uno y la otra persona, con las solas referencias de dos gentes titubeantes entre el deseo de estar y no estar, siempre dudando de la validez de la unión de hombre-hombre, mujer-mujer, en un medio social donde la legitimidad es designada con el nombre de pareja heterosexual. De esta manera, por más que deseemos con ansiedad sellar nuestros amores con una relación a plazo fijo, antes de lo previsto, presenciamos la desarticulación y la unión perenne, la negociación de por vida, se nos viene abajo y en cachitos estalla cualquier noche de posesividad, de reproches y reclamaciones.

He descubierto que entre mis amistades heterosexuales abundan no menos mujeres y hombres presas del desasosiego y el desencanto ante la pareja. Son personas incrédulas, ariscas, renuentes al oropel amoroso, aquí se deshacen del contrato matrimonial, allá se agarran de la unión libre o viceversa, y pasado el tiempo (al percatarse de que las batallas se reproducen como plaga en una y otra instancia) zozobran, trastabillan pero intentan de nuevo.

He llegado a convencerme de que el contingente de los inconformes está aumentando: el arribo de nuevas generaciones de heterosexuales, el conjunto de las y los homosexuales, hablan de coincidencias más y más fuertes en la forma de ejercer y sentir lo amoroso. Ello indica que la crisis sentimental es un fenómeno mucho más expandido de lo que suelen presumir quienes se viven adjudicándolo a grupos sexuales supuestamente "desviados". En los últimos tiempos, cuando la gente va urgando salidas y rumiando preguntas frente a sus encuentros y desencuentros, ya no es tan facil aceptar que el amor es como lo pintan.

Dicen por ahí que hay que reinventar lo amoroso y yo lo experimento como una necesidad vital: no podemos seguir en el bache de los convencionalismos, en las ovaciones, en lo ilusorio. Necesario es interrogarnos y respondernos montones de preguntas. ¿Por qué tanta desesperación cuando no andamos con nadie? Qué onda con nuestras soleda-

*Miembro fundador del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR)

des, las amistades, la vida cultural y nuestras militancias políticas? Las respuestas son difíciles como mudas suelen ser las preguntas que me hago cuando tengo una relación o padezco la ruptura.

Se me ocurre que yo busco la pareja porque me siento solo, quizás, porque no he aprendido a vivir conmigo, tal vez porque me viva despreciando la afectividad tejida con los amigos; o, probablemente, me encuentro insatisfecho de vagar como viruela loca, con la sensación, de percibirme como la nada, como el abandono, como el raro. Reconozco sin embargo, que en ocasiones cuando salgo de una relación, redescubro lo hospitalario de mis rincones, recupero lo agradable de estar con los libros, las ganas de salir a caminar, militar, ir al cine, tratar amigos, ligar, etcétera. Pero pasa el tiempo y de nuevo me va envolviendo la necesidad de tener a alguien, una pareja que me llame por teléfono y se preocupe por mis cosas, alguien a quien buscar, con quien comer, platicar y hacer sexo. Y el problema se reinicia. Como es usual, al principio se toleran las diferencias de opinión, se consecuenta mutuamente, se dice uno que por fin encontró al príncipe azul... y todo es ganas de verse, estar juntos y demás. Pero qué tal después de un tiempo, las cosas ya no son las mismas, el interés se trunca en una de las partes y de repente ¡Zas! ya no quieren saber nada de ti: "la relación ya no marcha", "no siento lo mismo que antes". Bla, bla, bla. Pero si tu interés persiste, pues no te quedará otra más que darte de topes contra la pared, y luego...a otra historia que ahora sí "va la buena". Ah, y si tú fuiste el de la iniciativa del rompimiento, entonces también agárrate, por aquello de los sentimientos de culpa: "Por qué rompí"; "era buena onda", "qué busco", "me vi gandalla".

El caso es que el desacomodo es permanente: si estás con alguien te sobreviene la asfixia, si no te sientes huérfano; en fin, la misma desazón siempre. Una de las causas pareciera ser nuestra propensión a la idealización de pareja y gente que nos acompaña. Estamos tan permeados por el miedo a asumir a la persona de carne y hueso, concretita, que llora, se encabrona, se apendeja, se viste, se desviste y se mea. Buscamos lo inaccesible, el ideal lo suficientemente alto para no alcanzarlo y, con esos prejuicios vestimos a nuestros amantes, les arrancamos su cara y les ponemos otra; les quitamos sus gustos y los suplimos por inventos propios. Cuán estupenda forma de boicotearnos, de suprimir por anticipado las posibilidades de una relación espontánea, genuina. ¿Será ésta una manera de negarnos a la entrega, de regatear lo amoroso a partir de los mitos que nos han enseñado?

Y no obstante, uno quiere salir de este pantano, pozo de oscuridades, laberinto de laberintos, pero no lo consigue; se va hundiendo con toda su retahila de dudas, enredándose alrededor de cada encuentro, en torno a cada persona que se queda o que se va. En ocasiones me declaro impotente para contestarme y poner sobre la mesa mis torbellinos amorosos, mis contradicciones, la confusión gravitante desde el techo hasta el piso aprehendiendo mi cuerpo y mi cabeza. El colmo es que ya ni siquiera estoy convencido de coger una metralleta y aniquilar todo lo que suene a pareja. Antes, albergué ese proyecto: romperle los huesos, descalabrarla, disparar contra sus ojos, extirpales las alas, terminar de una vez con tal invención de patriarcas, machines y bancones con Romeos y Julietas. Para qué continuar insuflando vida a una burbuja en cuyo nombre son inmoladas nuestras dimensiones mundanas y universales. Para qué seguir el cauce del confesionario, la competitividad, los reproches, los celos, el llanto. Una y ciento ochenta veces me lo repetí, con tal convicción que inclusive divisaba salidas en la multiplicidad de relaciones, el triángulo, la promiscuidad, etcétera. Pero otra vez me sorprendí promulgando estrategias aprendidas, teorías con las que me disolvía en tanto con limitaciones, sensibilidad y ritmos propios. Fue un tiempo lleno de sutilezas represivas, repleto de decretos perfectamente diseñados para finiquitar todo forcejeo y exclusivismo y dar pie a esa libertad plena, a la pareja abierta, al "cada quien su vida". El caso es que me entregué a este proyecto y visité la cama y el amor con tres o más personas y, para mi sorpresa, ahí resurgían anchos y orondos los mismos fantasmas de la pareja: la monogamia con su parvada de exigencias, con sus pontificaciones sobre lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, la vejez y la flor de la juventud. De manera que mi plan para el crimen perfecto quedaría reducido en una modalidad más de la libre concurrencia del mercado.

Con todo, insisto en que no tenemos mejores métodos para recuperar lo amoroso como totalidad, si no es viviéndolo por todas partes, tomarle la palabra donde se nos presente, en monogamia, en triángulo, en comuna o quimera. Involucrarnos en el aquí y ahora sin miedo a desenlaces futuros. Darse, asumir la entrega, saborear cada encuentro, despedirnos en el momento preciso y empezar de nuevo. Se trata de no rehuir a la inestabilidad, sino recorrerla de punta a punta, desvergonzadamente, destendiendo nuestros afectos en contactos de un día, un año o de toda una vida; rompiendo, refugiándonos en la soledad, o por qué no, ser simplemente como una viruela loca